

# Una nueva vida: una vieja trama

Bernard Malamud  
Una nueva vida

En el ancho campo de la producción novelística de las últimas décadas, dos corrientes se dibujan con plena nitidez: una, la de los **continuadores**; otra, la de los **innovadores**. Los primeros, ubicados en la tradición de la novelística del siglo XIX, continúan, con pocas modificaciones —sólo las necesarias para encuadrarlas en las vigencias de estos años— la concepción global, en contenidos y técnica, de lo que la novela era para los novelistas del siglo pasado; los segundos procuran quebrar los moldes de la novela tradicional para crear **mundos imaginarios** cuya textura narrativa, en técnicas y contenidos, difieran totalmente de la novelística anterior. Cada una de estas corrientes tiene sus ventajas y sus riesgos pero, como siempre, lo que en definitiva cuenta no es la postura asumida sino lo logrado. Hay buenas y malas novelas tanto dentro de una como de otra corriente. Entre los novelistas estadounidenses que dentro de la posición de los **continuadores** han publicado, en las últimas décadas, novelas de calidad excelente se encuentra Bernard Malamud. Nacido en Nueva York en 1914, inició tardíamente su carrera literaria, en 1952, cuando contaba ya casi 40 años. **Una nueva vida**,\* considerada una de sus novelas mejores, apareció en 1961.

Una nueva vida, como toda novela que siga los lineamientos tradicionales del género, se propone mostrar nitidamente, en su realidad íntima y externa, algunos personajes, y se estructura a partir de la narración de una anécdota bien definida. Los personajes protagonistas son Seymour Levin y Pauline Gilley. El primero es un joven profesor neoyorquino, ex-alcohólico que procura iniciar una nueva vida —de ahí el título de la novela— radicándose en una pequeña ciudad universitaria, Marathon (Cascadia) de la costa noroccidental del Pacífico, donde ha logrado un modesto puesto de profesor; la segunda, que también tiene un pasado en el que no está ausente el drama íntimo, es la esposa de Gerald Gilley, uno de los profesores superiores de la universidad a la que Seymour Levin, se ha incorporado. Seymour Levin, por una especie de fatalidad psicológica que lo lleva siempre a decidir equivocadamente en las situaciones delicadas, no consigue adaptarse al nuevo medio donde vive. Es un iluso que no logra ver con claridad la realidad. Persigue la realización de ambiciosos proyectos, pero en vez de dominar las circunstancias es dominado por ellas. Pauline Gilley, que siente frustrada su vida en general y en particular su vida matrimonial, se siente atra-

ída por Seymour Levin y tiene con él una aventura que se convierte, al fin, en amor apasionado. Seymour Levin pasa por igual situación. Otra vez enfrenta una situación conflictiva: debe optar entre su cargo de profesor en el que ha puesto sus esperanzas de redención interior o su amor que le obligará a renunciar a su cargo. Y una vez más las circunstancias y la voluntad ajena se le imponen. Pauline Gilley decide por él y lo arrastra tras de sí. A esta línea anecdótica central, el novelista incorpora otras, destinadas, todas, a intensificar la primera y —mediante la creación de variadas situaciones— a profundizar en la interioridad de los protagonistas. Por lo mismo, alrededor de ellos se mueven un nutrido conjunto de personajes. En conjunto, la novela es —aparte del conflicto básico— una pintura de la vida provinciana.

Esta pintura no carece de interés. De ella se ha dicho, incluso, que es la más penetrante descripción, no carente de bordes satíricos, de la vida provinciana, después de la de Sinclair Lewis en su *Main Street*. Pero los valores fundamentales de la novela no radican en esa pintura —especialmente, para el lector no estadounidense que no pueden percibir matices de color local— sino en la creación de los protagonistas. La maestría con que el autor dibuja esas dos psicologías y el dominio narrativo con que traza el proceso de su compleja relación son indudables. Ambos personajes son seres íntimamente conflictuados y, hasta cierto punto, fuera de serie. Pero el autor no incurre en la facilidad de procurar hacerlos narrativamente interesantes, convirtiéndolos en **casos extraños** o seres en el limbo de la anormalidad. Por lo contrario, destaca lo que esa conflictualidad tiene de lógicamente explicable dentro de determinadas condiciones de vida, haciéndolos así no sólo verosímiles sino prácticamente naturales. **"El sentimiento que marcó mi juventud —confiesa Seymour Levin— fue la humillación. Y no sólo porque éramos pobres. [Mi padre era un ladrón incorregible. Siempre volvía a robar y siempre volvían a pescarlo. Por último, murió en la cárcel. Mi madre se volvió loca y se mató"]**. Aquí está el origen de lo que hace del protagonista un ser que para redimirse de una realidad que lo ha humillado necesita proyectar planes grandiosos. Pero sus proyectos son ilusorios. Son meros intentos de evasión sin consistencia. Despojado del sentido de lo real, es atraído al fracaso como por un imán. Por su parte, Pauline Gilley, que por falta de decisión ha perdido sus mejores posibilidades de realizarse como ser humano, se

siente también frustrada como mujer: quiere hijos que su marido, estéril, es incapaz de darle. Su aventura con Seymour es asimismo un intento de evasión aunque al fin, y casi sin quererlo, el amor se les hace auténtico e indomable. Un análisis en profundidad mostraría la intensa dimensión humana de estos dos seres que, aunque en clave personal, tienen rasgos que pueden caracterizar a muchos otros de esta época.

**IV** Los dos protagonistas y su complicada relación erótico-sentimental son el eje de la novela. Pero, en torno de ellos, gira un amplio conjunto de deuteragonistas. La función de los mismos es —se reitera— servir, por un lado, a la pintura de la vida provinciana, atmósfera donde se ubica el conflicto de Pauline Gilley y Seymour Levin, y por otro, permitir la creación de situaciones a través de las cuales se profundiza en la interioridad de los protagonistas. Todos esos personajes están bien delineados, aunque, especialmente, se destacan el esposo de Pauline, y tres figuras femeninas (la camarera Laverne, la estudiante Nadalee Hammerstad y la solterona Avis Fliss) que, mediante otras tantas situaciones eróticas, ahondan en la sicología de Seymour Levin. Todos estos ingredientes novelescos están sólidamente estructurados en Una

nueva vida. Escrita, como se ha dicho al comienzo, dentro de la línea de los continuadores, el novelista no busca brillantes innovaciones técnicas sino la narración nítida de una acción novelesca y el dibujo bien perfilado de unos personajes. Y lo logra con total eficacia. Con ecos perdurables quedan una y otro en la memoria del lector.

**ARTURO SERGIO VISCA**

\* Barnard Malamud. *Una nueva vida*. Traducción de Vida Ozores. Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1974. 401 pág. Distribuye D.I.S.A.



**30 años de confesiones**

Toda obra literaria es, de alguna manera, una forma de confesión personal, aunque ésta, en ocasiones, se enmascare con la apariencia de esa postura llamada objetividad, la cual, cuando de obras literarias se trata, resulta imposible, ya que las mismas, por esencia, son una interpretación personal de la vida, y conllevan, por consiguiente, una fuerte dosis de subjetivismo. Sin ella, la obra literaria dejaría de serlo. Pero hay obras —y no son, muchas veces, las menos interesantes— en las que ese carácter confesional se acentúa, porque el mismo autor se propone que lo confesional sea el eje articulador de todas sus páginas. Estas no pierden, sin embargo, riqueza y matización temática e ideológica. Son libros que realizan, deliberada o indeliberadamente, la famosa formulación filosófica de José Ortega y Gasset: "Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo". De esta índole de libros son los *Testimonios* que desde hace muchos años —treinta para ser exactos, ya que la primera serie se editó en 1935— viene publicando Victoria Ocampo.

Un nuevo volumen de estos *Testimonios*\* acaba de aparecer. Es la novena serie y comprende el periodo 1971/1974. Este libro, pues, y como corresponde a su carácter confesional, o testimonial, que lo ciñe a la formulación orteguiana, está invadido por el yo de la autora. Pero ese yo no es un yo egolátrico. Se diría, más bien, que se trata de un yo tentacular que atrae hacia sí, para convivir con ellos y proyectar en ellos sus reacciones emotivas e intelectuales, los más diversos temas que pueden inquietar a un espíritu alerta ante las solicitaciones de la problemática humana —social o estética y sin desdeñar temas aparentemente de menor alcurnia (en las notas, por ejemplo, tituladas *Un rey de paso y Sinónimo de Paris*). Pero tanto cuando entra en estos temas menores como cuando se enfrenta al feminismo —Un tema de nuestro tiempo— o analiza o recuerda personalidades representativas de nuestra época —Borges, Proust, De Gaulle— la autora denota las mismas dotes: un pensamiento a la vez ágil y penetrante, una cultura sólida,

un indudable don para acercarse con auténticas vivencias personales a sus temas y una escritura precisa y clara que incita sin pausa a continuar leyendo. Sin duda, a través de las nueve series de sus *Testimonios*, Victoria Ocampo ha ido dando una vista del mundo de muy personal entonación. ♦

\* Victoria Ocampo. *Testimonios. Novena Serie*. 1971/1974. (Sur, Buenos Aires, 1974. 255 pag.)